

TAUROHUMOR

Nuevo Arizmendi, ahora en la Plaza Monumental México

Por ENRIQUE GUARNER

Desde épocas remotas el público que asiste a las corridas de toros en un momento de entusiasmo pide al presidente que premie al lidiador. Fue por este motivo que los aficionados comenzaron a arrogarse el derecho de regalar los despojos de los bureles lidiados que habían despertado su admiración, quitando el lucro de la carne a los empresarios, los cuales ya tenían suficientes utilidades derivadas de la venta de las localidades. Si la autoridad que presidía el festejo consideraba justificada la petición de los espectadores, la respaldaba ordenando que el diestro recibiera algún trofeo para quedarse con la venta de la parte comestible del toro. Para ello se le cortaba una oreja y el diestro podría reclamar el botín correspondiente. La presentación del apéndice auricular constituía una especie de documento para hacer efectiva la orden presidencial y conseguir así que se entregara al espada la cantidad de dinero que correspondiera a la venta de la musculatura del toro, su piel, las vísceras y las mismas astas.

En aquellas lejanas épocas ser matador no significaba devengar grandes sumas de dinero por una actuación. Además, los bureles poseían un gran trapío, contaban con cinco y seis años de edad y eran peligrosos en sus acometidas. Habría que agregar aquí que las cornadas menores resultaban gravísimas debido a los medios quirúrgicos y la ausencia de antibióticos de los que disponían los médicos.

Recientemente en el país ha aparecido una banda de secuestradores encabezada por un tal Daniel Arizmen-

di, quienes una vez que toman prisionera a una de sus víctimas le seccionan una oreja que envían a los familiares para que paguen el rescate. Esta cruel operación de cortar el apéndice auricular se lleva a cabo sin mayores trámites y sin asepsia de ningún tipo, por lo que horroriza a los parientes quienes sin chistar pagan de inmediato el rescate correspondiente.

Pues bien, ayer en la Plaza México me di cuenta de que habíamos llegado al apogeo del sadismo cuando sin más Elotito Catorrazo, en un acto canibalístico sin igual, cortó cuatro orejas y un rabo de los astados de don Hernando de la Mota, que le correspondieron. Desafortunadamente, al contrario de lo que sucedía en la antigüedad, los pobres animales apenas y contaban con los dos años y medio de edad, pero el nuevo secuestrador entró en una fase de omnipotencia sintiendo que a partir de esta fecha deberá ser mejor pagado y tener mayores utilidades.

En vista de esta acción decidí que valdría la pena entrevistar a algunos de los apéndices obtenidos y esto fue lo que me contó la oreja del que abrió plaza llamado poéticamente "Río Dulce":

- Mire usted doctor, nosotros no estamos en lo absoluto de acuerdo con lo ocurrido. En primer lugar no fue justo el secuestro porque mi edad era la de un menor y el cartel que me anunciaba sobre toriles que decía que nací en diciembre de 1993 era falso, porque en realidad vine al mundo en ese mismo mes pero en 1995, por lo que apenas cumplí dos años. Luego se llevó a cabo la operación de aserrar los pitones y se afeitó el testuz, que estaba próximo al lugar donde estoy

insertado y por lo tanto no contaba con defensa alguna. Debo agregar que me hicieron una faena completamente desligada, con pases fuera de lugar que se improvisaban uno tras otro. Estos mismos muletazos fueron ejecutados sin descanso, con muy pocas pausas y llenos de nerviosismo.

- Es más, yo como una de las orejas de "Río Dulce" vi claramente como cuando Catorrazo efectuó la famosa "regiomontana" pasando la franela de un lado a otro por detrás de su cuerpo, me mareó tanto que perdí el equilibrio y por ello decidí acostarme sobre la arena para que Elotito siguiera moviéndose con la muleta por la espalda como si estuviera loco. La verdad es que yo ya no quería levantarme y lo logré con un gran esfuerzo, para que de inmediato ese enano se me lanzara como catapulta clavándome la espada desprendida del morrillo, por lo que todavía no entiendo como le concedieron de premio a mi hermana gemela y a mí.

Consternado por el anterior relato decidí que también valdría la pena que me hablara el rabo del poético "Luz de Luna", el berrendo cuarto novillo de la corrida y esto fue lo que me dijo:

- Coincidió con lo señalado por la oreja de "Río Dulce" y creo que el secuestrador Elotito Catorrazo ya se pasó de la raya. Si Arizmendi se entera de lo que se llevó a cabo conmigo va usted a ver lo que hará con los negociantes gachupines que toma como víctimas. Estoy seguro de que les van a cortar sus partes nobles dejándolos a todos como el célebre cantante castrati de la época de Felipe V, Farinelli, y creo que a eso no hay derecho.